

FRONTERAS, CUERPOS E IDENTIDADES GAYS

Begonya Enguix
Universitat Oberta de Catalunya

Las fronteras siempre nos dicen algo. Al pensar una frontera, podemos pensarnos con una identidad cambiada, distinta. Hay fronteras que actúan como marcadores simbólicos de la distancia física, social, subjetiva. Hay fronteras que marcan la transición hacia experiencias liminales. Hay fronteras geográficas, interpersonales, sexuales, de género, étnicas, de clase.

El cuerpo puede ser considerado como frontera entre al menos dos mundos, el de las concepciones adquiridas y el de los deseos incardinados, el de las identidades adscritas e inscritas. Mediante el cuerpo y nuestras prácticas corporales, presentamos y re-presentamos nuestras múltiples identidades. En el cuerpo se entrecruzan y se inscriben discursos y contradiscursos de poder y resistencia que pueden tener una expresión política. Es un *locus* dinámico mediante cuyos itinerarios (Esteban 2004) construimos nuestras narrativas personales. El cuerpo condensa discursos sobre identidad, dimorfismo sexual y de género, deseo y prácticas sexuales, poder, ideología y transgresión.

1. Cuerpo y espacio: territorio, identidad y activismo

El espacio está sexuado de muchas y complejas maneras y la heterosexualidad se nos presenta como “natural” a través de su imbricación con el espacio y sus usos (Hubbard 2001: 54). Pero esta naturalización no es preexistente a los usos, sino que son *performances* concretas las que hacen que los lugares cotidianos se sexualicen de este modo; al mismo tiempo, los espacios son también performativos de relaciones de

poder particulares (Butler en Valentine 2002: 154). Por ejemplo, un mismo espacio puede quedar sexuado en un sentido determinado por los movimientos relacionales entre un cuerpo gay y otro. Si tenemos esto en cuenta, el espacio deviene el medio y el resultado de las relaciones sociales y el *locus* en el que el poder se contextualiza y concreta (Soja en Van Ingen 2003).

La relación entre cuerpos y espacios nos habla de unas fronteras cuya expresión física se concentra en los dos ámbitos que condensan en mayor medida la interacción entre distintas sexualidades, ámbitos fronterizos por excelencia. En el caso que nos ocupa, el primer ámbito lo conforman aquellos espacios comerciales fuertemente sexualizados cuya sexualización es parte constitutiva de su singularidad -los sitios de ambiente gay-; el segundo se origina por el tránsito de cuerpos “marcados” sexualmente que al ocupar un espacio lo sexualizan y devienen así escenario y frontera. Este es el caso de las manifestaciones del Orgullo LGTB¹, que son la punta de lanza del activismo LGTB y el contexto en el que me basaré para hablar de cómo cuerpos particulares en espacios particulares devienen un elemento central en la conformación de las fronteras sociales y en la re-presentación y/o reivindicación de las identidades².

Parece existir una estrecha relación entre la “colonización” del territorio por parte de las comunidades LGTB, la construcción o reafirmación de identidades y el activismo. La categoría “gay” como etiqueta nos puede evocar la existencia de una identidad particular, sustantiva y diferenciadora, reforzada por la existencia de lugares específicos de reunión y, en este sentido, los sitios de ambiente “juegan un papel activo en la constitución y reproducción de identidades sociales y viceversa, las identidades sociales, los significados y las relaciones producen espacios materiales y simbólicos o metafóricos” (Valentine 2002: 146). Los bares han sido fundamentales para la formación de cierta solidaridad grupal frente a la homofobia y para la formación de una conciencia política³: los homosexuales formaron comunidades que sirvieron como lugares de resistencia donde colectivamente se construyeron y negociaron identidades que cuestionaban los códigos dominantes sobre el género y el sexo. Por tanto, parece ser que “las identidades formadas en las comunidades gays y lesbianas son necesarias para movilizar a la gente en el activismo político” (Taylor et al. 2002: 100). No obstante, no debemos perder de vista que aunque las redes interpersonales y la identidad colectiva sean fundamentales para la movilización, la existencia de

1 Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales.

2 Este artículo se basa en el trabajo de campo realizado en las Manifestaciones Estatales del Orgullo LGTB celebradas en Madrid en 2006, 2007, 2008.

3 vid. Chauncey (1994).

diversos ámbitos de sociabilidad⁴, la desigual militancia en las organizaciones LGTB y las tensiones en el movimiento LGTB español⁵ conllevan que “sea más exacto hablar de múltiples comunidades más que de una comunidad unificada de gays y lesbianas” (Taylor et al. 2002: 111). El activismo gay sostiene y fragmenta la comunidad.

Las relaciones entre los establecimientos comerciales destinados a la comunidad LGTB (en el caso que nos ocupa a los gays) (territorio), el sentimiento de comunidad (identidad colectiva) y el surgimiento del activismo político son complejas, conflictivas y no están exentas de contradicciones. Bares y asociaciones visibilizan la diferencia sexual, pero lo hacen de muy distinta manera y ambas instancias participan activamente en la organización del Orgullo⁶.

Los sitios de ambiente son espacios semi-públicos, pero la manifestación del Orgullo tiene lugar en la calle, el espacio público por excelencia. Es por ello un acontecimiento ritual denso, simbólico, idóneo para analizar los mecanismos y estrategias mediante los que los gays se re-presentan en las situaciones de interacción homo-heterosexual a partir de las narrativas corporales de los asistentes. Su densidad de significación lo convierte en escenario privilegiado para analizar las intersecciones entre cuerpo, ideología, sexualidad, identidades, género y consumo partiendo del concepto de “cuerpo frontera” (del Val 2006: 38):

“Cuerpo frontera es uno que se desplaza en las líneas cambiantes de los territorios. Frontera entre afuera y adentro del discurso... un proceso en el que todo es frontera, en el que se negocian los límites de lo inteligible y de lo normativo, de lo pensable, de lo concebible y de lo pronunciable, y con ello los límites de lo abyecto, de lo inimaginable y de lo monstruoso... es un cuerpo multidimensional y abierto a múltiples procesos especulares, de traducción y transducción, de corporeización.”

2. Cuerpos frontera: del estigma al orgullo

El cuerpo es el lugar en el que el género es, se performa, se expresa y se siente. El cuerpo es central para la definición de uno mismo y para su posicionamiento en el mundo y su ubicación en el sistema sexo/género/deseo; el cuerpo inteligible, descifrable, encarna identidades inteligibles.

4 vid. Enguix (1996).

5 vid. Coll-Planas (2008).

6 vid. Enguix (2009).

El cuerpo no es únicamente una realidad “física” y “natural” (naturalizada)⁷ sino que también es una construcción cultural maleable y performable y más dadas las posibilidades que las biotecnologías han incorporado a nuestra sociedad. En palabras de Butler (1990: 189), “el cuerpo no es un “ser”, sino un límite variable, una superficie cuya permeabilidad está políticamente regulada, una práctica significativa en el campo cultural de las jerarquías de género y la heterosexualidad obligatoria”⁸. Tanto las reasignaciones quirúrgicas de sexo (intersex, transex)⁹ como las diversas técnicas de modificación corporal (disciplinas, ornamentación y vestido, biotecnologías) muestran su permeabilidad y llegan a constituir el cuerpo como un instrumento susceptible de control (*agency*) para la expresión de las subjetividades. Hoy en día, los mecanismos de intervención sobre el cuerpo están casi al alcance de todo el mundo y el cuerpo, más que expresar el yo, se constituye por sí mismo en el yo (Featherstone et al.1999).

A su vez, el género tiene una relación compleja con la anatomía que no es ni unidireccional ni cerrada. Casos como el de John/Joan (Kipnis y Diamond 1999) o David/Brenda (sus nombres reales), recogido por Butler (2004)¹⁰, o como el de Thomas Beatie, el hombre transexual que tuvo dos hijos, emergen en los límites de la inteligibilidad y cuestionan los modos en que las normas circunscriben lo humano y nos remiten a lo concebible y lo inconcebible, lo pensable y lo impensable.

La cadena simbólica según la cual a dos sexos corresponden dos géneros y una sola orientación o deseo sexual normativo (heterosexual), considerándose la homosexualidad como una transgresión del deseo sexual y derivando de ello una transgresión de género, está fuertemente arraigada en nuestro contexto cultural. Es más, la alteración de uno de los elementos de esta cadena pone en cuestión los límites y definiciones de los otros. Así, la homosexualidad masculina se ha hecho inteligible feminizando (afeminando) al homosexual. Pero las fronteras de sexo y género, las correspondencias entre sexos, géneros, prácticas y deseos sexuales no son rígidas y no siempre han estado donde ahora están. Aunque los cuerpos particulares han sido con frecuencia considerados como la expresión de identidades fijas e inmutables, se olvida que la identidad no está nunca “establecida” como una “realización” en forma de armadura de la personalidad o de algo

7 Como afirma Bourdieu (2005b: 37) “la naturaleza biológica es en sí misma una construcción social naturalizada”.

8 Las traducciones son de la autora.

9 Para más información sobre intersex véase Butler (2004), Kipnis y Diamond (1999), Domurat Dreger (1999), Fausto-Sterling (2000).

10 Este caso es paradigmático de la distinta concepción de la relación entre sexo y género que defienden Money (para quien los niños son “neutrales” al nacer y susceptibles de ser reasignados a cualquier sexo independientemente de su configuración cromosómica y gonadal) y Diamond, quien cree que existe una base hormonal del género (vid. Domurat Dreger 1999, Kipnis y Diamond 1999).

estático e inmodificable (Erikson 1990: 21). Cuerpos particulares no siempre expresan identidades particulares.

Antes del siglo XVIII, se consideraba la existencia de un único sexo y dos géneros: el sexo femenino era concebido como el aparato sexual masculino pero vuelto hacia adentro y el género se imponía a la práctica sexual como criterio clasificatorio básico para la configuración de la identidad. Pero en el siglo XVIII se produce la transición a un sistema de dos sexos y el sexo y la sexualidad se imponen al género como configuradores de la identidad¹¹. Como recoge Foucault, en 1869 Kertbeny utiliza por primera vez el término “homosexual” para referirse a quienes mantienen relaciones con personas del mismo sexo. La actividad sexual con alguien del mismo sexo deviene evidencia de una identidad particular y, con ello, se reafirma en el imaginario social la visión del homosexual como categoría particular dotada de unas características fijas y supuestamente reconocibles (afeminamiento –pluma-, sensibilidad), coherentes con el sistema de géneros e incardinadas en cuerpos particulares en los que creemos reconocer inequívocamente el sexo, el género y la identidad, olvidando las resistencias, las emociones y el juego. Buscamos señales de la diferencia en los cuerpos y, por ello, los modelos de representación gay más visibles e identificables, más concebibles, son menos proclives a su estigmatización. La corporalización de la identidad (y en particular de las identidades sexuales), la centralidad del dimorfismo sexual y el interés por establecer identidades “verdaderas” situaron a las ciencias médicas a partir del siglo XIX¹² en una posición hegemónica para el control de los saberes sobre el cuerpo¹³.

Pero a partir de la década de los 60 del siglo XX, en un contexto de profundos cambios sociales, se comienzan a articular procesos de reapropiación y resignificación de los cuerpos sexuados y de las identidades sexuales que no se pueden desvincular del activismo gay contemporáneo. Lo personal deviene político y lo corporal deviene fundamental en la constitución y visibilización del activismo gay.

El activismo gay contemporáneo surgido a partir de las revueltas de Stonewall (1969) se basa en dos conceptos clave: el orgullo y el *coming out*, la visibilización. A partir de los años 60, la identidad homosexual medicalizada y estigmatizada es discursivamente transformada en una identidad orgullosa que abandona las posturas asimilacionistas del movimiento homófilo de los años 50 (p.e. de la *Mattachine Society* en EEUU). Se cuestiona la hegemonía médica sobre el cuerpo. El término “homosexual” pierde vigencia y se sustituye por el de “gay”; el cuerpo, elemento visible por excelencia, se convierte

11 vid. Laqueur (1994).

12 vid. Foucault (1977) y Zubiaur (2007).

13 La OMS la borró la homosexualidad de su lista de enfermedades mentales sólo en 1992.

en vehículo de expresión, constitución y mediación de identidades. Se constituye el deseo sexual como referente único de la identificación como gay, sin necesidad de que produzca ninguna alteración en el sistema de sexo/género. Y, en cierto modo se podría hablar, como hizo en su día Mary McIntosh, de la instauración de un “rol homosexual”¹⁴, sin perder de vista que puede existir una “disyunción entre comportamiento sexual vivido y la adopción de roles específicos”, entre otras cosas porque no toda la gente que tiene sexo homosexual se ve a sí misma como homosexual (Weeks 1988: 133).

La reapropiación de la categoría y la visibilización no en clave de estigma sino de orgullo, introduce brechas en la concepción cultural de la masculinidad y la fragmenta, dando lugar a numerosas investigaciones sobre lo que se ha dado en llamar, siguiendo a Connell (1995), masculinidades hegemónicas y masculinidades subordinadas:

“La masculinidad, en la medida en que podemos definirla con claridad, es a la vez un lugar de relaciones de género, el conjunto de prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres se sitúan a sí mismos en relación con el género, y los efectos de dichas prácticas en las experiencias corporales, en la personalidad y la cultura. Las relaciones de género se organizan en la intersección entre el poder, la producción y la emoción, dando lugar a una multitud de masculinidades -hegemónicas, subordinadas, marginadas y opositivas- que coexisten e interactúan simultáneamente y que se configuran, todas ellas, en circunstancias históricas específicas.” (Weeks en García Cortés 2004: 39).

La masculinidad es casi siempre una identidad bajo sospecha, y, en el caso de las relaciones entre hombres, la supuesta transgresión en el género o en las prácticas sexuales conlleva casi inmediatamente un cuestionamiento de la masculinidad del transgresor. Los modelos *leather* hipermasculinos cuyo referente es lo masculino y no lo femenino, que surgen en EEUU en la década de 1940 (Chauncey 1994) no consiguen eliminar, ni eclipsar, el afeminamiento estereotipadamente adscrito a los gays.

La centralidad del cuerpo sexuado en tanto objeto y sujeto del deseo y en tanto depositario de unas identidades o no identidades particulares vertebra y fragmenta una política de la sexualidad que

“se condena a encerrarse en una de las antinomias más trágicas de la dominación simbólica: ¿cómo rebelarse contra una categorización socialmente impuesta si no es organizándose en una categoría construida de acuerdo con dicha categorización, y haciendo existir de ese

14 McIntosh (en Weeks 1988) consideraba la homosexualidad como un rol y no como una categoría medicalizada de personas.

modo las clasificaciones y restricciones a las que pretende resistirse (en lugar de, por ejemplo, combatir a favor de un nuevo orden sexual en el que la distinción entre los diferentes estatutos sexuales fuese indiferente)?” (Bourdieu 2005: 145b).

Entre las posturas del primer movimiento gay alemán de Hirschfeld y Ulrichs (creado en 1897), que defendía que los homosexuales debían ser respetados, pues eran un alma de mujer en cuerpo de hombre (un tercer sexo)¹⁵, hasta las posiciones *queer*, que abogan por la desestabilización radical de identidades y la resistencia a la naturalización de cualquier identidad, todas las posiciones son posibles y coexisten. Algo similar ocurre con el activismo gay actual que oscila, en cuanto a estrategia política, entre posturas asimilacionistas y posturas revolucionarias relacionadas con lo identitario, pero siempre con el concepto de orgullo y de visibilización como elementos cohesionadores de la fragmentación.

La constitución del cuerpo como sujeto y objeto de intercambio en contextos fuertemente sexualizados y la visibilización de estilos de vida particulares ha llevado también en los últimos años a preguntarse sobre el papel del consumo en la conformación de identidades. El cuerpo es, para Martínez Hernández (2002) reflejo del individualismo consumista del capitalismo tardío y este individualismo consumista puede ser analizado al menos desde tres perspectivas: considerando que la centralidad del consumo hace que las formas posibles de ser gay estén solo disponibles para las clases medias¹⁶; considerando que en el universo gay el cuerpo es un elemento de consumo en y por sí mismo, y, por último, desde la perspectiva identitaria, considerando que estilos de vida particulares basados en patrones de consumo particulares han dado y dan lugar a identidades particulares. La centralidad del consumo (Valentine 2002), su papel como eje articulador de identidades y la obtención de beneficios económicos a partir de un deseo erótico son elementos fundamentales para la articulación de discursos de autenticidad/gueto respecto a los sitios de ambiente. Se critica la cultura de bares por estar estructurada en torno al consumo y crear una imagen “incorrecta” de los gays. La práctica sexual deja de ser un rasgo definitorio principal y es sustituida por los gustos compartidos, las preferencias culturales en música y alimentación e incluso un distintivo “Marais look”, en el caso de París (Gunther en Sibalis 2004: 1750), lo

15 vid. Zubiaur (2007).

16 Knopp (en Valentine 2002: 147) afirma que “la forja de identidades a través de la colonización económica y política de espacios territoriales (relacionados con la creación de lugares identificados como gays) se ve facilitada por los privilegios de clase, género y raza”. Featherstone (1999: 192) considera que “la tendencia hacia el narcisismo, el yo (*self*) negociado y representado están más presentes en la clase media profesional y directiva, que tiene el dinero y el tiempo para cultivar su persona y emprender actividades que marquen estilos de vida”.

que para Rooke es un “motivo de desánimo” (2007: 248) porque conforma identidades LGTB occidentales y de clase media, que hablan “a los mejor posicionados para explorar estilos de vida basados en el consumo y espacios de ocio comerciales” (Holt y Griffin 2003: 421). Las complejas relaciones entre identidades, consumo, reivindicación y representación se manifiestan en la celebración del Orgullo y son objeto de debate constante en los discursos que se construyen en torno a esta celebración.

Si bien cabe hablar de identidades fragmentadas en función de los términos de su definición, de su sociabilidad, de sus estilos de vida, de su activismo, de variables como la edad, la etnicidad, el cuerpo, el género y la sexualidad, dicha fragmentación no es tan obvia en los cuerpos que las incorporan, puesto que el repertorio de re-presentación disponible y las posibilidades de intervención sobre el cuerpo no parecen ser ilimitados.

3. Cuerpos hegemónicos. Músculo y virilidad

Quizá el único elemento común a todos los hombres gays es su deseo por personas de su mismo sexo, independientemente de que esto les sirva para pensarse con una identidad y sociabilidad particular o no. Este deseo se constituye, surge, se concreta y expresa en un cuerpo y, en cierto modo, esa erotización conlleva procesos de cosificación. En el caso de la disidencia sexual, el cuerpo, además de enunciación y realización de las identidades, puede convertirse en un instrumento de afirmación ideológica y política (Val 2006): un beso entre dos hombres en la calle es más que un beso; la participación en una manifestación del Orgullo es más que una presencia física, puesto que es un acto significativo que le posiciona a uno como miembro de un colectivo dispuesto a reivindicarse y, en este sentido, es importante tanto lo que se muestra como “cómo” se muestra.

El cuerpo es, en definitiva, un producto social y un tipo particular de capital cuyo valor de intercambio es fundamental para la organización de la sociabilidad en el entorno gay. En un mundo estructurado sobre un deseo erótico, la belleza es un valor de cambio y, por tanto, “fuente de poder social” (Johnson y Lennon 1999: 155) si se tiene un cuerpo socialmente valorado. Pero además, los cuerpos son los lugares físicos en que las relaciones de clase, género, raza, sexualidad y edad se unen y son practicadas, son significantes ubicuos de la clase (Skeggs 1997). El cuerpo y los estilos corporales también incorporan y fragmentan las categorías. Es, en este sentido, en el que podemos hablar de la existencia en el universo gay de cuerpos “hegemónicos” y cuerpos “resistentes”.

Desde las representaciones masculinas de la Grecia Clásica, la masculinidad se ha vinculado históricamente con la representación de un cuerpo musculoso, sano, continente de una mente también sana:

“El desarrollo muscular es el producto de la combinación de una cada vez más influyente sociedad de consumo (que potencia una visión narcisista y hedonista del cuerpo) y una visión ética de marcado cariz protestante (que fomenta una ascética disciplina).” (García Cortés 2004: 51).

El discurso higienista del siglo XIX, que surge como reacción a la mortalidad derivada de la Revolución Industrial, revitaliza esta imagen mediante la exaltación del deporte (y la disciplina) como elemento fundamental para un cuerpo cultivado y viril. En 1893 se realizó en Chicago la *World's Columbian Exhibition* para promocionar la fortaleza física como representación del hombre perfecto. En 1896 se inauguraron los primeros Juegos Olímpicos modernos. Winckelmann afirmaba que “los cuerpos adquirirían mediante estos ejercicios el contorno grande y viril que los maestros griegos dieron a sus estatuas” (Reyero 1996: 19). La vinculación entre atletismo y virilidad aparece también en la figura de Tarzán (Burroughs 1912) y en los superhéroes musculosos (Superman, Spiderman) que aparecen después de la Gran Depresión (García Cortés 2004: 166).

Según García Cortés (2004) esta imagen masculina y musculosa proyecta autoridad y alimenta fantasías relacionadas con la agresividad, el poder, la dominación y el control. También remite a la idea de perfección y armonía vinculada a un concepto claro de masculinidad que alcanzó en los regímenes totalitarios europeos de los años veinte y treinta su máximo apogeo. Josef Thorak, escultor “oficial” del nazismo junto con Arnold Breker, esculpe al “Superhombre nietzscheano”. Este “nuevo hombre” tiene dos cualidades: plenitud fálica y materialidad anticartesiana. Es la antítesis del esteta afeminado (Pater, Wilde o Beardsley). Aunque después de la segunda Guerra Mundial este modelo se diversifica debido a la aparición de movimientos que exaltan la ambigüedad física y sexual (García Cortés 2004: 51), el modelo de hombre viril y musculoso sigue teniendo un fuerte arraigo en nuestra tradición cultural.

En este contexto se enmarca el modelo de gay joven, musculoso, guapo y con poco pelo que encontramos en la literatura gay (*El gladiador de Chueca*, de Carlos Sanrune), los cómics o dibujos, tanto extranjeros (Tom of Finland) como españoles (los dibujos de Iván Soldo), las estrellas de porno gay (Jeff Stryker) y sobre todo los medios de comunicación para gays (principalmente las revistas *Zero*, recientemente desaparecida, y *Shangay*), que muestran hombres jóvenes de esas características y con enormes penes

(Pichardo 2002). La preponderancia de este modelo, de estos chicos *Zero* que procuran adecuarse a las expectativas que se tienen sobre lo gay, ha llevado a Mira (2005) a hablar de “fascismo corporal”. Además del culto al músculo como elemento culturalmente valorado entre los gays, un cuerpo musculoso remite a la idea de salud (excluyendo por tanto la posibilidad de padecer Sida) y a una virilidad (aunque bastante estereotipada) que la sociedad heterosexista frecuentemente niega a los gays (García Cortés 2004: 52).

En el mundo gay no se trata sólo de tener, sino de tener y mostrar: tanto los bares de ambiente como las manifestaciones son plataformas para mirar, ser visto, mostrarse. Buena parte de la “moda gay”, particularmente la concebida desde estas concepciones hegemónicas y no exentas de estereotipos, está hecha para marcar y mostrar el cuerpo. El vestido cumple en este contexto un papel importantísimo en la presentación de las identidades y en la erotización del cuerpo, del mismo modo que buena parte de la moda femenina está creada también para erotizar el cuerpo de la mujer para la mirada del hombre heterosexual. El vestido, además, es un modo de intervención sobre el cuerpo que la gente utiliza para hacer inferencias o conseguir información sobre sexo, atractivo, pertenencia a grupo y poder¹⁷.

“En la cultura del consumo el cuerpo es un vehículo del placer: su valor de intercambio aumenta cuanto más desea, es deseado y se aproxima a las imágenes idealizadas de la juventud, la salud, la buena forma física y la belleza. La cultura del consumo permite mostrar desinhibidamente el cuerpo humano. El vestido se diseña para celebrar la forma humana ‘natural’, en contraste con el siglo XIX en que la ropa estaba diseñada para esconder el cuerpo” (Featherstone 1999: 177).

Vestido y disciplina férrea para alterar el cuerpo y adaptarlo a los cánones de los cuerpos socialmente valorados son estrategias ampliamente difundidas en el ambiente gay y ambas aparecen claramente en las celebraciones del Orgullo. Ambas pueden funcionar como mecanismos de exclusión: “Es interesante observar que en los círculos gay la glorificación de la belleza física, el culturismo y la juventud tiende a perpetuar los mismos modos de marginalización social que oprimen a la mayoría de los homosexuales dentro de la cultura mayoritaria heterosexual” (Grosse 2002: s.p.). Con ello se generan dentro del propio universo gay procesos de hegemonía/ subalternidad, de modos correctos e incorrectos de mostrar e incluso de ser que Eribon describe bien: “Es lo que ocurre sin duda en esos barrios donde se concentran los comercios gays, donde

17 El vestido comunica información sobre el poder en casi el 45% de los 103 casos estudiados por Damhorst (en Johnson y Lennon 1999: 2).

se exhiben a cada cual mejor el dominio de la moda, el culto de la juventud, de la belleza, de la virilidad, y donde se rehacen y vuelven a formularse las modalidades de la exclusión de todo lo que se sitúa fuera de esas normas” (Eribon en Grosse 2002: s.p.).

Los cuerpos de muchos participantes en el Orgullo –muchos de ellos “esculturales” (sobre todo de quienes van en las carrozas)-, entroncan con la tradición clásica y sus iconos masculinos: el gladiador Borghese, el Laoconte, el Hércules Farnesio... El cuerpo musculoso y atractivo se convierte en la representación ideal de lo gay. Y valores como la disciplina, la obediencia, la lealtad y la valentía, que los regímenes totalitarios asociaron a la virilidad representando a los trabajadores como guerreros (García Cortés 2004), aparecen en el Orgullo mediante el uso del disfraz: así, es frecuente encontrar hombres vestidos de legionario, militar, policía, o marinero. No deja de ser curioso que estos fueran precisamente los disfraces que lucían los miembros del grupo Village People, creado en 1977, para representar arquetípicamente el modelo de “gay viril”¹⁸. No obstante, en el Orgullo, con frecuencia, como veremos, estos uniformes se combinan con complementos fuertemente generizados que, en el caso de estar asociados a lo femenino (un liguero, unas medias, zapatos de tacón, máscaras, lentejuelas) pueden ser leídos como un ejercicio de subversión y de juego con los géneros¹⁹.

4. Cuerpos resistentes

El modelo musculoso no es el único modelo disponible en el repertorio gay actual. Frente a un discurso que considera que sólo el cuerpo musculoso es atractivo y central para la definición de lo gay, encontramos discursos alternativos que erotizan y valoran otro tipo de cuerpos. Entre ellos, y de modo cada vez más destacable, encontramos a los llamados “osos”, hombres que se caracterizan por sus cuerpos grandes y peludos.

La auto-identificación como osos se originó en San Francisco en los 80 a partir de las comunidades moteras y *leather* para incluir a quienes pensaban que la cultura gay hegemónica no incluía a los hombres cuyos cuerpos no se adaptaban a los estándares (delgados y sin pelo). Muchos hombres de la América rural nunca se identificaron con el estilo de vida estereotípico urbano (Hennen 2008). Los osos no sólo valoran cuerpos

18 Sus componentes iban disfrazados de indio, vaquero, motero/leather, militar, policía y albañil y no sólo su nombre hace referencia a la zona gay de Nueva York, Greenwich Village, sino que muchas de sus canciones, como “Macho man” aluden particularmente a una homosexualidad con referentes viriles (véase <http://www.officialvillagepeople.com>, consulta diciembre 2008).

19 Esta masculinidad musculosa se acerca al modelo de “cachas hipermasculino y machista” que dibujan Aliaga y Cortés (1997). Estos autores completan su “galería” de modelos disponibles con dos figuras más: “la loca” y el “efebo”.

diferentes, sino que se sienten atractivos y deseados (de hecho existen dos términos para designar a quienes se sienten atraídos por ellos: *chaser* y *admirer*). El cuerpo del oso es interpretado como moda pasajera o como dejadez; como una resistencia a la tiranía del músculo y de la edad, pero también como la adecuación y aceptación de la propia condición física fuera cual fuere; también hay quien ve en los osos el resultado de una disciplina férrea y un cuidado esmerado con objetivos distintos al del gay joven y musculoso.

Bear Magazine, su primera publicación, comenzó como un *flyer* editado en un bar de moteros (Lone Star) en 1987. En la actualidad los osos se organizan en asociaciones (Madbear in Madrid, Bearcelona en Barcelona y Guadalkibear en Sevilla son las más importantes), se reúnen en clubs específicos que pueden o no estar abiertos a otros (mujeres incluidas), y organizan reuniones, cruceros y fiestas en todo el mundo.

El tamaño del cuerpo y el pelo corporal son fundamentales para la inclusión en esta categoría y esto no es casual, puesto que la barba, el pelo facial, también se ha asociado históricamente con la masculinidad. Entre los griegos, la barba caracterizaba al guerrero adulto y marcaba el final de las relaciones con los efebos. También durante el siglo XIX era considerada como un signo de masculinidad. Según Reyero (1996: 125), en prácticamente todas las publicaciones ilustradas decimonónicas el bigote, la barba o las patillas aparecen como un consustancial atributo masculino y no los llevaban “sólo quienes no podían por edad (adolescentes) o por desempeñar profesiones en las que no es adecuado subrayar la virilidad, como los sacerdotes y algunos deportistas”.

En este sentido, y partiendo de la afirmación de Connell (1995: 156) cuando dice que “la elección de un hombre como objeto sexual no es solo la elección de un cuerpo-con-un-pene sino que es la elección de la masculinidad corporeizada”, podemos interpretar el culto al pelo facial y corporal en clave de estrategia de género para explicitar la virilidad del gay en un contexto en que puede verse cuestionada y, por tanto, como una ruptura con el estereotipo del gay afeminado o fascinado con el efebo adolescente. Hennen (2005, 2008) apunta que a la vez que se cuestionan las normas de la masculinidad hegemónica estas normas son reproducidas:

“(Los osos) han separado el afeminamiento del deseo por el mismo sexo y han creado una cultura en la que se representan como un grupo de ‘chicos normales’; son subversivos, pero la subversión tiene que ver con la reorganización de la sexualidad y muy poco que ver con el cuestionamiento de las asunciones de género.” (Hennen 2005: 41).

5. Estrategias de re-presentación

Como hemos comentado, la Manifestación Estatal del Orgullo LGTB es un contexto privilegiado para el análisis de la representación de las identidades sexuales y de género. En primer lugar, porque la presencia de cuerpos sexuados que cuestionan la heteronormatividad en un espacio central de la ciudad constituye un acto de apropiación de ese espacio y dado el contexto particular, un posicionamiento ideológico. En segundo lugar, porque este es probablemente el único contexto explícito y abierto de interacción homo-heterosexual, de exposición controlada y de re-presentación estratégica. Por ello, la manifestación del Orgullo, que ya en muchos países (EEUU, Australia) se ha convertido en un evento turístico y espectacular por sus reminiscencias carnavalescas, se convierte en escenario privilegiado de lo que los gays quieren mostrar.

No obstante, no todos muestran del mismo modo. La primera diferencia la encontramos entre los participantes que discurren a pie por las calles tras las pancartas reivindicativas y quienes van en una carroza. Los primeros, en su inmensa mayoría, se muestran de un modo que podríamos llamar “cotidiano” y similar al modo en que lo harían en otros contextos, aunque su presencia en el acto sexualiza el espacio y constituye así un acto significativo. Es en las carrozas donde la exhibición del cuerpo adquiere mayor protagonismo y conforma y representa una identidad más marcada²⁰, en parte porque al estar las carrozas elevadas, los cuerpos son mostrados con más claridad. La especial combinación de fiesta y reivindicación en que se ha convertido el Orgullo madrileño favorece la utilización de disfraces y máscaras en ambos niveles, calles y carrozas, que no merman sino que profundizan la exposición de los cuerpos en calidad de mediadores y frontera entre sexualidades normativas y disidentes.

En las manifestaciones del Orgullo de Madrid en 2006, 2007 y 2008, observamos una fuerte polarización en las narrativas corporales en torno a tres ejes:

1. Macizos: muestran un cuerpo disciplinado y adornado casi siempre (tatuaje, piercing), que puede ir más o menos vestido, con o sin disfraz y/o complementos. Estos cuerpos suelen ser los más numerosos e incluso los más llamativos cuando usan disfraz, y, en este sentido constituirían el modelo gay hegemónico no solo ante los gays sino también ante los heterosexuales que contemplan la marcha.

20 Las carrozas empezaron a formar parte de la manifestación en 1996 y desde su aparición el número de participantes ha aumentado incesantemente hasta llegar a 1.500.000 personas (2009), según datos de los organizadores.

2. Osos/ *leather*: pueden o no ser macizos e ir con o sin complementos (chalecos, cadenas, arneses, cueros). Muestran un modelo de gay distinto del modelo arquetípico.
3. “Ciudadanos”: personas que transitan en la marcha como cualquier otro día, cubriéndose a veces con banderas del arco iris o con camisetas que les identifican como miembros de asociaciones LGTB.

Estas narrativas, en particular las dos primeras, han de ser leídas en el contexto festivo en el que se presentan y se corresponden con los modelos presentados en la web www.chueca.com²¹, donde se exponen las directrices para asistir al Orgullo y se habla de dos modelos: *cachas carroceros* y *amorosas* y *lederonas*:

“El cachas carroceros requiere esteroides, gimnasio, un tanga XXL y camiseta de tirantes ultra-ceñida, además de un buen bronceado. Para potenciar el look ha de añadir un complemento hortera: una boa de plumas, un sombrero con purpurina, unas alas de plástico o todo a la vez.”

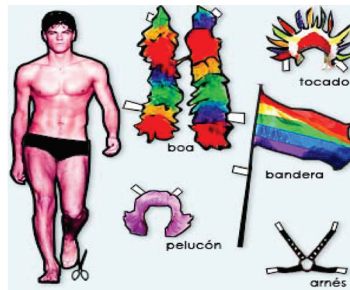


Fig 1. Kit de supervivencia al orgullo (en www.chueca.com)

“La reivindicación de la pluma tiene un reverso, ilustrado por otras dos tribus gays, los leathers y los bears. Arnés, pantalón de cuero con el culo al aire, cock ring y calcomanía con dibujos tribales... El estilo leather es la conjunción de pequeños detalles. Para conseguir tu look bear comienza dándote unas buenas comilonas sin privarte de nada, déjate crecer la barba y deja de depilarte. No aguantes más la respiración y saca barriga, ponte camisa de cuadros y ondea bien alta la bandera marrón.”²²

21 Fecha de consulta: julio 2008

22 La utilización del femenino para referirse a estos modelos parece remitir a una reproducción de los estereotipos sociales que puede leerse como inscripción de lo adscrito o como transgresión y juego.



Fig 2. Amorosos y lederonas (en www.chueca.com)

Es importante destacar la correspondencia entre algunos de estos modelos (*leather* y oso principalmente) con los locales específicos de reunión que sponsorizan las carrozas en las que se concentran y la uniformidad en la presentación de quienes van en una carroza, una posición de “prestigio” valorada en la comunidad.

Los dos modelos se relacionan con dos ejes marcados por la disciplina y el género²³. Respecto a la disciplina, cabe distinguir entre cuerpos disciplinados y cuerpos no disciplinados desde el punto de vista del cuidado y el adorno: en el extremo más disciplinado encontraríamos a los “macizos”, cuyos cuerpos musculosos, modificados con tatuajes, *piercings*, y cubiertos con muy poca ropa (sin disfraz, generalmente) constituyen —como dijimos— el modelo gay hegemónico, tanto en las carrozas como en la calle. Más o menos disciplina encontramos en los osos y los *leather*, y en el extremo contrario encontraríamos tanto osos, como ciudadanos. Como comentamos, respecto a los osos podemos hablar tanto de disciplina y ficción de descuido, como de descuido. Por tanto, los osos se situarían a lo largo de todo el *continuum*²⁴.

Desde los géneros, podemos hablar de la reproducción de los modelos sociales de representación de lo masculino y lo femenino: travestis, disfraces (boas, lentejuelas, purpurinas, alas), efebos, gays depilados y maquillados en las carrozas, encarnarían una representación tendente a enfatizar la feminidad del gay, mientras que *leather* y osos hipertatuados y peludos, con sus arneses y sus *piercings*, encarnarían la hipermasculinidad de los gays, mostrando la coexistencia *de facto* de los modelos “viril” y “afeminado”.

23 Obviaríamos con ello el criterio de “edad” presente en la clasificación de Aliaga y García Cortés (1997) que separaría claramente a los osos de las otras categorías, puesto que este es el único grupo que de alguna manera reconoce y reivindica al gay maduro.

24 Existe otra acepción de disciplina en la que podríamos incluir a los *leather* considerando su relación con prácticas bdsm.

El pelo corporal y facial se constituye en significante privilegiado y marcador de una mayor masculinidad (presencia) o feminidad (ausencia), mientras que otros rasgos corporales (constitución corporal, músculo) no nos sitúan de manera tan clara en este *continuum* en tanto cuerpo en sí, ya que son los elementos a él asociados los que nos remiten a categorizaciones sociales sobre los géneros. Si bien tatuajes y *piercings* se dan en todo el *continuum* (aunque diferentes tipos de tatuajes: un corazón en el caso de un efebo, una garra en el caso de un oso), existen otros elementos muy marcados genéricamente que se utilizan para transmitir información (correas, lentejuelas, plumas, ligueros, arneses, gorras, cueros, chalecos, pantaloncitos cortos, purpurinas...).

Ello nos lleva a hablar de la ritualización en la representación gay y de la utilización de máscaras de la identidad, de marcadores exagerados y festivos de la pertenencia a un colectivo particular que se muestran, en el contexto analizado, como elemento diferenciador, como frontera. A pesar de estar limitados por el repertorio de representación marcado por los géneros, entendidos además de una manera bastante estereotipada (lo masculino-lo femenino), la variabilidad en la elección de los elementos elegidos como complemento, su combinación y su puesta en escena deja lugar al juego. Estos elementos nos pueden remitir a concepciones sobre las identidades que pueden entenderlas como esenciales o como disueltas: que pueden evocar en sí mismos una identidad inscrita pero no mostrada en otros contextos o ser reverso de la identidad adscrita estereotipadamente. Así, la feminización extrema (que llega al travestismo o a la combinación de elementos masculinos y femeninos –uso de ligueros, de medias de rejilla junto a tricornos) puede interpretarse como la aceptación del ineludible afeminamiento, como constatación de la compatibilidad de lo femenino y lo masculino o como la ridiculización de la visión estereotipada. Como comenta Butler al hablar del drag (1990) “la idea de una identidad de género original o primaria es con frecuencia parodiada mediante las prácticas culturales de *drag*, *cross-dressing* y la estilización sexual de las identidades *butch/femme*”.

El disfraz es expresión de la multiplicidad, de la plasticidad, de la capacidad de control sobre la representación de la identidad, y, por tanto, es expresión de la desvinculación prefijada y unidireccional entre identidad y apariencia. Pero el disfraz en este contexto cumple también otra función puesto que es también un elemento fundamental para la ocultación de la propia identidad en un entorno de interacción homo-heterosexual en que el reconocimiento es posible y que es ampliamente cubierto por los medios de comunicación.

Por otra parte, la masculinización extrema (enfaticada por el uso de arneses y cuero, tanto entre los *leather* como entre los osos) puede leerse, como suele hacerse, como una estrategia para negar y compensar el supuesto afeminamiento del homosexual. Pero

también puede que nos hallemos ante un mero juego de espejos, una hipérbole de los géneros que enfatiza el aspecto festivo y espectacular del Orgullo:

“La mascarada es ante todo una *performance*... una interpretación teatral... un acontecimiento espectacular... como sucede con el *outing*... equivale a una metamorfosis... rito... De ahí que la segunda acepción de la mascarada, además de la actuación o *performance*, sea la *performatividad* o investidura.” (Gil Calvo 2006: 52-53)

6. *Cuerpos orgullosos*

Las manifestaciones del Orgullo nos muestran cómo se encarnan en los cuerpos los discursos y contradiscursos sobre identidad, ideología y diversidad sexual con una primera diferenciación entre los estilos corporales de quienes participan desde la calle y quienes lo hacen desde una carroza. Entre los modelos de re-presentación más extremos, salta a la vista la exageración de los modelos disponibles en el repertorio cultural, el femenino y el masculino, mediante el uso del disfraz junto con el modelo del gay musculoso, que puede ser más o menos masculino o femenino en función de otros significantes. Los géneros, exagerados hasta límites paródicos, son en este contexto reivindicativo reapropiados y resignificados con la complicidad de los actores.

Si la identidad se constituye en el tiempo a través de “estilos corporales” que consisten en actos públicos repetidos y ensayados (gestos, movimientos, acciones) (Butler en Tseelon 2001), lo que las manifestaciones del Orgullo nos muestran es que los repertorios de representación disponibles pueden llegar a ser bastante estereotipados, reproducir las categorizaciones sociales inscritas en el sistema sexo/género/deseo y convertir los cuerpos en inteligibles y categorizables. No obstante, el control sobre la representación y la visibilización mediante la elección de modelos particulares de representación no sólo se referencian mediante los discursos sociales sobre el sexo, el género y la sexualidad, sino que la disponibilidad de los discursos *queer* de desnaturalización y antiesencialismo son también un referente que enfatiza conceptos como transgresión y subversión. Simulación y juego son también elementos cuya importancia no debe ser desdeñada.

Es esta peculiar combinación de discursos disponibles y repertorio de representaciones corporeizadas en un espacio público y en un contexto reivindicativo (y a la vez festivo y carnavalesco) la que constituye los cuerpos en realidades discursivas que tanto producen y reproducen como transforman discursos mediante lo que Zubiaur (2007: 27) ha denominado “ficciones identitarias” (existen, funcionan y no desaparecen con

su deconstrucción teórica). Así, en las manifestaciones LGTB los cuerpos masculinos sexuados y generizados no solo reflejan una masculinidad preexistente sino que también constituyen la masculinidad mediante su representación. De este modo, como Brickell (2005: 32) afirma, los sujetos masculinos actúan sobre el mundo social y son participados por él.

Los investigadores pueden investigar cómo se construyen las masculinidades y como esas performances son recibidas en las interacciones sociales; cómo los marcos, programas y especificidades culturales e históricas condicionan la formación de la masculinidad y su recepción; cómo actúan las tensiones entre el escenario y el backstage; y cómo son reproducidas y solidificadas las ilusiones de una autenticidad masculina.

Por tanto, la presencia en el acto, la capacidad de control sobre los elementos para representarse, el contexto marcadamente político y festivo de la ocasión, y el juego con la re-presentación nos hablan de cómo las identidades corporeizadas han de ser leídas contextualmente. También nos hablan de la importancia del consumo como eje vertebrador, no sólo por la utilización de estilos corporales y de vestir particulares y reconocidos socialmente como asociados a este colectivo, sino también porque los modelos más extremos aparecen en las carrozas patrocinadas por empresas LGTB. A partir de la parodia y la hipérbole nos remiten a la construcción de los géneros, a su inteligibilidad, sus límites y sus fronteras. Nos hablan de identidades cambiantes, polivalentes, de múltiples masculinidades que se construyen incorporando lo femenino o bien resistiéndolo.

En definitiva, nos hablan de identidades fragmentadas cuyos márgenes no son claros ni están definidos de manera uniforme o estable: fragmentadas, en primer lugar, por sus formas de sociabilidad y activismo, puesto que no todos los gays participan en el Orgullo ni son activistas; en segundo lugar, por estilos de vida y consumo que profundizan en las diferencias de clase y género; en tercer lugar, por los diferentes modos de presentación (estilos), su corporeización y generización y por las distintas prácticas sexuales.

No obstante no hemos de perder de vista que del modo de representación en este contexto particular no se pueden derivar consideraciones fijas e inmutables sobre las identidades de los participantes:

“Igual que la heterosexualidad no se reduce a una única norma [...] la homosexualidad de las manifestaciones del Orgullo ha de ser contextualizada en ese momento. Las representaciones de la homosexualidad son convenciones que ocurren en un momento particular y no representan la homosexualidad en su conjunto, es probable que ni siquiera representen las vidas de quienes así se muestran en los actos del Orgullo.” (Clarkson 2008: 380).

De igual modo, hay que puntualizar también que la particular combinación entre masculinidad y afeminamiento y entre reproducción y subversión de las categorizaciones sociales conlleva distintas interpretaciones de las estrategias de re-presentación por parte de participantes, audiencia y medios de comunicación. En general, audiencia y medios (pero también muchos gays que no participan en los actos) enfatizan los elementos estereotipados y espectaculares sin recurrir a su contextualización en discursos reivindicativos y/o subversivos sobre la sexualidad y las identidades, discursos que pueden serles desconocidos. Puesto que los discursos disponibles parecen restringir las posibilidades de representación y de descodificación, determinadas interpretaciones esencializan los estilos corporales mostrados que son considerados como signos de identidades “verdaderas” vinculadas con sexualidades específicas y estereotipadas, sin lugar para el juego o la performance. Considerando las diferentes capacidades de interpretación de las re-presentaciones por parte de participantes y audiencias y el peso de los estereotipos sociales, es fácil entender que uno de los mayores debates en la comunidad gay respecto al Orgullo se centre en el modo de re-presentación. Y por ello, quizá sea momento de recordar, como afirmaba Lévi-Strauss (1981: 368-369), que la identidad es un límite al que no corresponde en realidad ninguna experiencia. Un juego de apariencias y realidades.

Bibliografía

- ALIAGA, Juan Vicente (2002) “En un combate. Sexualidades, patologización del cuerpo, religión, política y arte contemporáneo”, *Debats* 79, pp.114-123.
- ALIAGA, J.V. y G. CORTÉS, J.M. (1997) *Identidad y diferencia. Sobre la cultura gay en España*, Madrid: Egales.
- BOURDIEU, Pierre (2005a) “La dominación masculina revisitada”, *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura. Crisis de la heterosexualidad y reinención de la condición humana* 67, pp. 9-22.
- BOURDIEU, Pierre (2005b) *La Dominación Masculina*, Barcelona: Anagrama.
- BRICKELL, Chris (2005) “Masculinities, Performativity, and Subversion: A Sociological Reappraisal”, *Men and Masculinities* 8, pp. 24-43.
- BUTLER, Judith (1990) *Gender Trouble*, New York: Routledge.
- BUTLER, Judith (1993) *Bodies That Matter. On The Discursive Limits Of ‘Sex’*, New York: Routledge.

- BUTLER, Judith (2004) *Undoing Gender*, New York: Routledge.
- CAROZZI, María (2002) "Cuerpo y conversión: explorando el lugar de los movimientos corporales estructurados y no habituales en las transformaciones de la identidad". Disponible en: http://www.naya.org.ar/congreso2002/ponencias/maria_julia_carozzi.htm [Fecha de consulta: octubre 2007].
- CHAUNCEY, George (1994) *Gay New York. Gender, Urban Culture and the Making of the Gay Male World, 1890-1940*, New York: BasicBooks
- CLARKSON, Jay (2008) "The limitations of the Discourse of Norms. Gay Visibility and Degrees of Transgression", *Journal of Communication Inquiry* 32/4, pp. 368-382.
- COLL-PLANAS, Gerard (2008) "Homosexuals, bolleres i raret: posicions polítiques en el moviment lèsbic i gai", *Athenea Digital* 14, pp. 41-61.
- CONNELL, R.W. (1995) *Masculinities*, Cambridge: Polity Press.
- DOMURAT DREGER, Alice (1999) *Intersex in the Age of Ethics*, Maryland: University Publishing Group.
- DOUGLAS, Mary (1988) *Símbolos Naturales*, Madrid: Alianza.
- ENGUIX, Begonya (1996) *Poder y Deseo. Homosexualidad Masculina en Valencia*, València: Alfons el Magnànim.
- ENGUIX, Begonya (2000) "Sexualidad e Identidades", *Gazeta de Antropologia* 16, 8 pp.
- ENGUIX, B. (2009a) "Identities, Sexualities and Commemorations: Pride Parades, Public Space and Sexual Dissidence", *Anthropological Notebooks* XV/2, pp. 15-35.
- ERIBON, Didier (2000) *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona: Bellaterra.
- ERIKSON, Erik H. (1990) *Identidad. Juventud y Crisis*, Madrid: Taurus.
- ESTEBAN, Mari Luz (2004) *Antropología del Cuerpo. Género, Itinerarios corporales, identidad y cambio*, Barcelona: Bellaterra.
- FAUSTO-STERLING, Anne (2000) *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*, New York: Basic Books.
- FEATHERSTONE, M.; Mike, HEPWORTH y Bryan TURNER (eds.) (1999) *The Body: Social Process and Cultural Theory*, London: Sage.
- FOUCAULT, Michel (1977) *Historia de la Sexualidad (1). La Voluntad de Saber*, Madrid: siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel (1991) *Tecnologías del Yo*, Barcelona: Paidós.
- GARCÍA CORTÉS, José Miguel (2002) "Buceando en la identidad y el deseo", *Debats* 79, pp. 90-99. Disponible en: <http://www.alfonselmagnanim.com/debats/79> [Fecha de consulta: 8/10/2007].
- GARCIA CORTÉS, José Miguel (2004) *Hombres de Mármol. Códigos de Representación y Estrategias de Poder de la Masculinidad*, Madrid: Egales.

- GIL CALVO, Enrique (2006) *Máscaras Masculinas. Héroes, Patriarcas y Monstruos*, Barcelona: Anagrama.
- GOFFMAN, Erving (1968) *Estigma. La Identidad Deteriorada*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GRECO, Monica y Marian FRASER (2005) *The Body: A Reader*, London: Routledge.
- GROSSE, Stephan (2002) "El cuerpo y la presencia escénica como recursos narrativos para la enunciación de las identidades gay", *Debats* 79, pp.100-113. Disponible en: <http://www.alfonselmagnanim.com/debats/79> [Fecha de consulta: 8/10/2007].
- GUASCH ANDREU, Oscar (1991) *La Sociedad Rosa*, Barcelona: Anagrama
- GUASCH ANDREU, Oscar (2006) *Héroes, Científicos, Heterosexuales y Gays. Los Varones en Perspectiva de Género*, Barcelona: Bellaterra.
- HALL, Stuart (ed.) (1997) *Representation. Cultural Representations and Signifying Practices*, London: Sage.
- HENNEN, Peter (2005) "Bear Bodies, Bear Masculinity: Recuperation, Resistance, or Retreat?", *Gender Society* 19, pp. 25-43.
- HENNEN, Peter (2008) *Faeries, Bears and Leathermen. Men in Community. Queering the Masculine*, Chicago: The University of Chicago Press.
- HERDT, Gilbert (1992) *Gay Culture in America. Essays from the Field*, Boston: Beacon Press.
- HIDALGO, Juan Carlos, y Carolina SÁNCHEZ PALENCIA (eds) (2001) *Masculino Plural: Construcciones de la masculinidad*, Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- HOLT, Martin y Christine GRIFFIN (2003) "Being Gay, Being Straight and Being Yourself: local and global Reflections on Identity, Authenticity and the Lesbian and Gay Scene", *European Journal of Cultural Studies* 6, pp. 404-425.
- HOLLIDAY, Ruth y John HASSARD (2001) *Contested Bodies*, London: Routledge .
- HUBBARD, Phil (2001) "Sex Zones: Intimacy, Citizenship and Public Space", *Sexualities* 4/1, pp. 51-71.
- JOHNSON, Kim y Sharon LENNON (1999) *Appearance and Power*, New York: Berg.
- KIPNIS, K. y DIAMOND, M. (1999), "Pediatric Ethics and the surgical assignment of sex", en Domurat Dreger, A. (ed.) *Intersex in the Age of Ethics*, Maryland: University Publishing Group, pp. 173-195.
- LAQUEUR, Thomas (1994) *La Construcción del Sexo. Cuerpo y Género desde los Griegos hasta Freud*, Madrid: Cátedra.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1981) *La identidad*, Barcelona: Petrel.
- MARTINEZ HERNÁNDEZ, Angel (2002) "El cuerpo imaginado de la modernidad", *Debats* 79, pp. 8-17. Disponible en: <http://www.alfonselmagnanim.com/debats/79> [Fecha de consulta: 8/10/2007].

- MARTINEZ OLIVA, Jesús (2005) *El desaliento del Guerrero. Representaciones de la Masculinidad en el Arte de las Décadas de los 80 y 90*, Murcia: Ad Hoc Ensayo.
- MIRA, Alberto (2005) “La cultura gay ha muerto, viva la cultura gay”, *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura. Crisis de la heterosexualidad y reinención de la condición humana* 67, pp. 33-42.
- MONFERRER TOMÀS, Jordi M. (2003) “La construcción de la protesta en el movimiento gay español: la Ley de Peligrosidad Social (1970) como factor precipitante de la acción colectiva”, *REIS* 102-103, pp. 171-204.
- PICHARDO GALÁN, José Ignacio (2002) “Identidad, Cuerpo, Exclusión y Gays”, *Revista Iberoamericana de Antropología* 19.
- PLANELLA, Jordi (2006) “Corpografías: dar la palabra al cuerpo” en “Organicidades” [nodo en línea], *Artnodes* 6. Disponible en: <http://www.uoc.edu/artnodes/6/dt/esp/planella.pdf> [Fecha de consulta: 8/10/2007].
- POLLAK, M. (1987) “La Homosexualidad Masculina o ¿la felicidad en el ghetto?”, en Ariès, P., Bejin, A. Foucault, M. et al (eds.), *Sexualidades Occidentales*, Barcelona: Paidós, pp. 71-103.
- REYERO, Carlos (1996) *Apariencia e Identidad Masculina. De la Ilustración al Decadentismo*, Madrid: Cátedra.
- ROOKE, Alison (2007) “Navigating Embodied Lesbian Cultural Space: Toward a Lesbian habitus”, *Space and Culture* 10, pp. 231- 252.
- SÁEZ, Javier (2003) “Ensayo homosexual, gay, queer”, *Leer*, Septiembre. Disponible en: <http://www.hartza.com/ensayogay.htm> [Fecha de consulta: noviembre 2008].
- SÁEZ, Javier (2003) *Excesos de la Masculinidad: la Cultura Leather y la Cultura de los Osos*. Disponible en: <http://www.hartza.com/osos4.htm> [Fecha de consulta: noviembre 2008].
- SHILLING, Chris (2005) *The Body in Culture, Technology and Society*, London: Sage.
- SIBALIS, Michael (2004) “Urban Space and Homosexuality: the example of the Marais, Paris’ “Gay Ghetto”, *Urban Studies* 41/9, pp. 1739-1758.
- SKEGGS, Beverley (1997) *Formations of Class and Gender*, London: Sage.
- STUART, Elizabeth (2005) “Teologías Gay y Lesbiana”, *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura.. Crisis de la heterosexualidad y reinención de la condición humana* 67, pp. 69-75.
- TAYLOR, V., E. KAMINSKI y K. DUGAN (2002) “From the Bowery to the Castro. Communities, Identities and Movements”, en Richardson, D. y Seidman, S. (eds.) *Handbook of Lesbian and Gay Studies*, London: Sage, pp. 99-114.
- TSEELON, Efrat (2001) *Masquerade and Identities. Essays on Gender, Sexuality and Marginality*, London: Routledge.

- VAL, Jaime del (2006) "Cuerpos frontera. Imperios y resistencias en el pos-posmodernismo" en "Organicidades" [nodo en línea], *Artnodes* 6. Disponible en: <http://www.uoc.edu/artnodes/6/dt/esp/val.pdf> [Fecha de consulta: 10/10/2007]
- VALENTINE, Gill (2002) "Queer Bodies and the Production of space", en Richardson, D. y Seidman, S. (eds.) *Handbook of Lesbian and Gay Studies*, London: Sage, pp. 145-160.
- VAN INGEN, Cathy (2003) "Geographies of Gender, Sexuality and Race: reframing the focus on space in sport sociology", *International Review for the Sociology of Sport* 38, pp. 201-216.
- VILLAAMIL, Fernando (2004) *La Transformación de la Identidad Gay en España*, Madrid: Libros de la Catarata.
- WEEKS, Jeffrey (1998) "The 'Homosexual Role' after 30 years: an appreciation of the work of Mary McIntosh", *Sexualities* 1/2, pp. 131-152.
- WHISMAN, Vera (1996) *Queer by choice. Lesbians, Gay men and the Politics of Identity*, New York: Routledge.
- ZUBIAUR, Ibon (ed.) (2007) *Pioneros de lo Homosexual*, Barcelona: Anthropos.

Resumen

A partir de las manifestaciones estatales por el Orgullo Gay que tienen lugar en Madrid para conmemorar las revueltas de Stonewall, pretendemos abordar la construcción, significación y resignificación del cuerpo sexuado. Para ello, nos centraremos en las intersecciones entre cuerpo, ideología, sexualidad, identidades, género y consumo para acercarnos a la comprensión del cuerpo desde una triple perspectiva personal, social y política. La medicalización de la homosexualidad empezó a ser subvertida a partir de la década de los 60 del siglo XX, cuando se comienzan a articular determinados procesos de reapropiación y resignificación de los cuerpos en tanto cuerpos resistentes y sexuados que pueden ser analizados mediante el estudio de las narrativas y los itinerarios gays. El cuerpo deviene así no sólo marcador de fronteras, sino también el *locus* simbólico en el que se incardinan y se re-presentan procesos identitarios y prácticas discursivas complejas que nos remiten a categorías clasificatorias fundamentales como el sexo, el género y las prácticas sexuales.

Abstract

This article is an inquiry into the construction, meaning and reinterpretation of the sexed body through the analysis of the gay pride marches held in Madrid to commemorate the Stonewall riots. The analysis focuses on the intersection between body, ideology, sexuality, identities, gender and consumption in order to understand the body from a personal, social and political perspective. Beginning in the 1960s, the medicalization of homosexuality has been subverted through a process of reappropriation and reinterpretation of the body that can be traced through narratives of gay experience. The gay body, transformed into a sexed and resistant body, becomes a boundary marker and a symbolic locus for the embodiment and re-presentation of identity processes and complex discursive practices that focus attention on such basic categories as sex, gender, and sexual practices.